

Una historia que es de Cuba y México

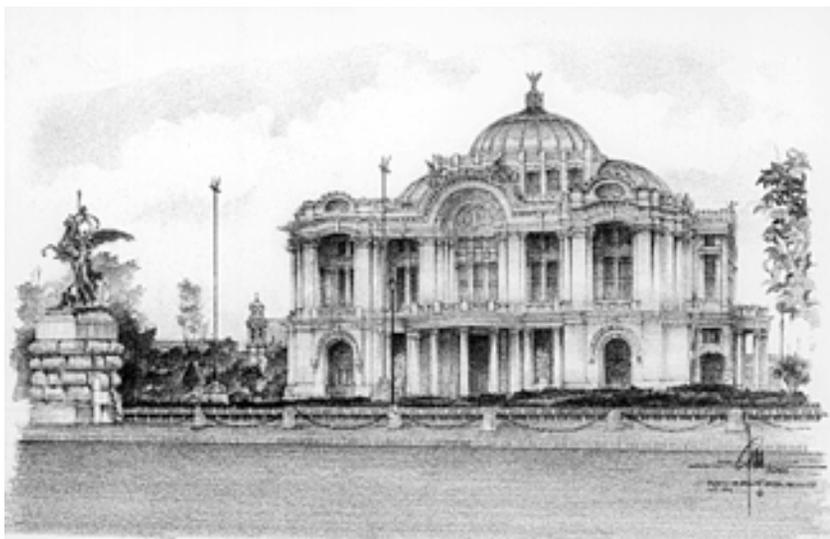
Miguel León-Portilla

Recientemente Miguel-León Portilla recibió un merecido homenaje en la Universidad de La Habana por su obra, fundamental para la comprensión de los pueblos americanos. En su discurso el gran nahuatlato afirmó que esta distinción se extendía “a los indígenas antiguos y contemporáneos a quienes debemos innumerables creaciones de cultura”.

Expresó una vez José Martí que, si era necesario que los jóvenes de la América nuestra leyeran y apreciaran a los clásicos inmortales latinos y griegos, convenía que igualmente se acercaran a los también textos clásicos que nos dejaron los indígenas de nuestro propio continente. Pensaba probablemente en los textos redescubiertos ya en su tiempo como el *Popol Vuh*, el libro del Consejo de los quichés de Guatemala; en alguno de los escritos portados de la sabiduría de los *Chilam Balam* de los mayas yucatecos o en los cantos indígenas en náhuatl del centro de México que se conocían en traducción castellana.

Por mi parte puedo decir que he dedicado la mayor parte de mi vida a proseguir en la tarea de rescatar y estudiar textos-obra de indígenas, que son expresiones de gran belleza y de honda sabiduría. Y a la vez he luchado por lograr que los descendientes de esos pueblos vean reivindicados sus derechos, en particular los que implica su autonomía.

Manifestaré que mi reconocimiento me mueve a evocar algunos aconteceres en la historia de Cuba y México en los que nuestras tierras han estado conjuntamente involucradas. Es decir que apuntaré a varios momentos cruciales en los que se entrelazan los hilos de una historia que es a la vez cubana y mexicana. Esos aconteceres se sitúan en cuatro marcos temporales: el primero, casi un interrogante, es el prehispánico, y se refiere a las probables relaciones culturales entre mayas y tahino-arahuacos. El segundo da entrada al periodo colonial a partir de la conquista española de Cuba y México. El tercero se sitúa en el siglo XIX y parte del XX, tiempo tormentoso de luchas libertarias, anhelos, frustraciones y esperanzas. El cuarto nos acerca ya al presente nuestro en que Cuba y México, más allá de diferencias, han hecho camino juntos en fraternal acercamiento. Comencemos ya el recorrido, aun cuando por los límites de espacio, lo tengamos que realizar, como dicen, a salto de mata.



¿Hubo algunas formas de contacto y relación entre los pueblos de Mesoamérica y los de las islas del Caribe, en particular los de Cuba? Es ésta una pregunta cuya respuesta se antoja afirmativa pero que hasta hoy no ha podido darse con certeza. Consta que en Cuba se han descubierto objetos arqueológicos que verosíblemente tienen un origen mesoamericano. Se conservan en acervos como el Museo Indocubano Baní, en Holguín, y el Gabinete de Arqueología, en La Habana.

Mencionaré algunos de ellos: una pequeña escultura en piedra de un dios sedente que recuerda los atributos de Huehuetéotl, el dios viejo omnipresente en Mesoamérica. Aludiré también a otra escultura en alabastro, material frecuentemente trabajado por los mayas, que ostenta la forma de un hermoso pelícano y cuyo estilo guarda semejanzas con producciones mesoamericanas. Creación escultórica es, asimismo, la de un yugo en piedra, semejante a los hechos por los totonacas, habitantes de las costas del Golfo de México.

Reconociendo que son muy limitadas estas evidencias, cabe notar, en cambio, la proximidad geográfica

de la península de Yucatán respecto de Cuba, separadas tan sólo por un canal. Consta, por una parte que los mayas disponían de embarcaciones en las que podían viajar varias personas, como ocurría con grupos de mercaderes que navegaban a lo largo de las costas desde Honduras hasta la laguna de Términos en Campeche. Y sabemos también que los habitantes de Cuba y otras islas del Caribe construían canoas, palabra ésta de origen tahino-arahuaco, la primera de origen amerindio que se incorporó al castellano. Esas canoas permitían emprender travesías en el mar de las Antillas. Todo esto induce a aceptar la verosimilitud de los intercambios culturales.

Concluiré esta reflexión acerca del primer contexto temporal de las relaciones entre Cuba y México, con una propuesta específica. Será de gran interés el intercambio de arqueólogos cubanos que exploren en tierras mexicanas y de algunos de México que trabajen con sus colegas en Cuba.

Del periodo colonial es mucho lo que podría decirse en materia de acercamientos cubano-mexicanos. Participantes decisivos en la conquista y entrada en Cuba, fueron, entre otros, Diego Velázquez y fray Bartolomé de las Casas. El primero de éstos fue más tarde quien propició la aventura de Hernán Cortés en México; el segundo nos unió para siempre en su lucha en defensa de los derechos humanos de los indios de la América nuestra. Sus experiencias en Cuba y en Santo Domingo fueron para él lección que resultó a la postre en beneficio de los indígenas de México y de otros lugares del continente. Al ver que en las islas los indios se extinguían por las cargas y abusos que recaían sobre ellos, sus denuncias de palabra y por escrito obligaron a las autoridades de la Corona a dictar leyes que, en una parte al menos, protegieran a los indios de los dominios españoles en América, por supuesto, incluidos los mexicanos.

Durante el periodo colonial y aun algún tiempo después, La Habana, Veracruz y Cadiz fueron tres puertos claves en el ir y venir de cuantos marchaban o salían de las Indias. La mayor parte de cuantos iban a o procedían de España tocaban tierra en La Habana. Ello explica que muchas familias mexicanas estuvieran emparentadas con otras de Cuba. En lo personal puedo decir que la familia Porrúa de la que soy miembro, y que por largo tiempo se estableció en Jalapa, tuvo y tiene parientes en Cuba.

Otra forma de permanente relación se derivó de lo que se llamó "el situado". Era una suma de dinero que el Virreinato de México anualmente enviaba y situaba en Cuba y otras posesiones españolas para contribuir a sus gastos administrativos. Y si México hizo así entrega de considerables recursos económicos a Cuba, ésta proporcionó a México, entre otras muchas cosas, a dos

gobernantes que de verdad contribuyeron a su prosperidad. Uno fue Juan Francisco Güemes y Horcasitas que, después de ser gobernador de Cuba, pasó a México como virrey hacia mediados del siglo XVIII. El otro fue un hijo suyo, nacido y criado en La Habana, Juan Vicente de Güemes y Pacheco, segundo Conde de Revillagigedo, que también fue virrey en la Nueva España.

Notaré acerca de él qué tan justo y acertado fue su gobierno que ya México independiente, que por mucho tiempo se rehusó a honrar la memoria de españoles, dio su nombre a una calle que hasta hoy lo ostenta, la de Revillagigedo, en el centro histórico de la capital. Bien lo merece el gobernante honrado que se esforzó por mejorar la sanidad, la educación, la industria y las comunicaciones en México. A él y a su sucesor, Antonio María de Bucareli, se debieron, entre otras muchas cosas, la apertura del Departamento Marítimo de San Blas en Nayarit frente al Océano Pacífico. De él zarparon numerosas expediciones que recorrieron los litorales del noroeste de América hasta llegar a Alaska. Gracias a esto México alcanzó su máxima extensión geográfica que abarcó territorios que en la injusta guerra promovida en 1847 por los Estados Unidos le fueron arrebatados en uno de los actos de rapiña más grandes de la historia universal.

Mucho más podría añadir sobre las relaciones entre Cuba y México durante la época colonial pero los límites de espacio me lo impiden. Paso, por consiguiente, a los acontecimientos que nos vincularon durante el siglo XIX.

Fue entonces cuando Cuba y México emprendieron sus respectivas luchas para alcanzar su independencia.

En Cuba encontraron refugio independentistas mexicanos como, algunos años después, también ocurrió con no pocos cubanos en México. Consumada la independencia mexicana, buen número de mexicanos, en contacto con cubanos propiciaron sus movimientos libertarios.

En Cuba estuvieron más tarde otros mexicanos, uno de ellos nada menos que Benito Juárez. Y también vivieron en México numerosos distinguidos cubanos. Uno, Pedro Santacilia llegó y se convirtió en yerno y secretario del mismo Juárez. Se conserva y ha sido publicada la copiosa correspondencia que intercambiaron en momentos álgidos de la intervención francesa en México. En esas cartas Juárez se dirige a su yerno llamándolo en forma cariñosa “Santa”. Éste responde a Juárez empleando la palabra “padre”. Ciertamente Pedro Santacilia jugó un importante papel en la lucha contra el intervencionismo europeo en México.

Otros ilustres cubanos afincados por ese tiempo en México fueron José María de Heredia, poeta de gran renombre que murió en Toluca; también el hombre de letras Alfredo Torroella y el lexicógrafo Félix Ramos y Duarte. Y, además de los numerosos activistas decididos a buscar apoyo para la independencia de Cuba, cabe recordar a quienes introdujeron la ópera en México. Y también agradecer a los que aportaron la música alegre de los danzones y las habaneras. Acerca del danzón añadiré que si dio comienzo en Matanzas, pronto arraigó en Veracruz tanto que algunos llegaron a dudar si su origen era cubano o mexicano.

Debemos al historiador mexicano Rafael Rojas un libro titulado *Cuba Mexicana*. En él reúne copiosa do-





cumentación que muestra lo que se intentaba en México en relación con la independencia de Cuba. Durante algún tiempo, México y Colombia promovieron la liberación de Cuba e incluso su eventual unión a México. En este país se gestaban por entonces varios movimientos como el de los independentistas cubanos y el de quienes lograron que México concediera patentes de corso a las embarcaciones que atacaran a buques españoles para minar su fuerza en Cuba.

Importa poner aquí de relieve las varias estancias de José Martí en México. Mantuvo él estrecha relación con políticos y hombres de letras ya que él mismo cultivaba la poesía, el periodismo, la narrativa, el derecho y la historia. Uno de los escritores mexicanos con quien trabó amistad fue Manuel Gutiérrez Nájera, iniciador del Modernismo en México, reconocido como uno de los grandes en la literatura no sólo mexicana sino en toda la escrita en español. En una ocasión en que Martí llegó a la casa de Gutiérrez Nájera, éste se demoró una hora en arribar. Ese tiempo lo aprovechó Martí para escribir un poema dedicado a Cecilia, la hija recién nacida de Gutiérrez Nájera que se encontraba en su cuna.

Y aquí pido perdón por hacer una referencia personal. Gutiérrez Nájera era primo hermano de mi abuela materna, de suerte que puedo afirmar con orgullo que Martí dedicó un poema a una pariente mía a la que conocí mucho después. Éste es el poema:

En la cuna sin par nació, la airosa
niña de honda mirada y paso leve

que el padre le tejió de milagrosa
música azul y clavellín de nieve.

Del sol voraz y de la cumbre andina
con mirra nueva el séquito de bardos
vino a regar sobre la cuna fina
olor de myosotis y luz de nardos.

A las pálidas alas del arpegio,
preso del cinto a la trenzada cuna
colgó liana sutil el bardo regio
de ópalo tenue y claridad de luna.

En las trémulas manos de la ansiosa
madre feliz, para el collar primero
vertió el bardo creador la pudorosa
perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
surgió la niña mística cual sube,
blanca y azul por el solemne espacio,
lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
niña y en ellos tiembla la mirada
cual onda virgen de la mar viajera
presa al paso en la concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave
el pie alisco en la vida huraña apoya

y el canto tiene y la inquietud del ave
y su mano en el hueco de una joya.

Niña: si el mundo infiel al bardo avioso
las magias roba con que orló tu cuna,
tú le ornarás de nuevo al milagroso
verso de ópalo fino y luz de luna.

Hermoso es este poema que ha atesorado la familia y que enriquece el valioso conjunto de la producción literaria de José Martí. Pocos años después de esa estancia de Martí en México, Cuba, tras el oscuro episodio del hundimiento del *Maine*, logró separarse de España en 1898. Muerto unos años antes José Martí, su patria alcanzó una independencia condicionada y precaria. Los Estados Unidos repitieron con España lo que medio siglo antes habían hecho con México, la despojaron de grandes posesiones territoriales, lo que le quedaba de su imperio, Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, Guam, y otras islas en Oceanía. Por tres años Cuba permaneció bajo el dominio norteamericano hasta que tres años después, en 1902, obtuvo una independencia que no la liberó de la influencia hegemónica de los Estados Unidos. Como símbolo oprobioso de ello quedó la base de Guantánamo, acerca de la cual la opinión internacional continuó denunciando las graves violaciones de los derechos humanos de los presos allí confinados.

Y esto nos lleva ya al cuarto ámbito temporal en las relaciones cubano-mexicanas. En México la Revolución de 1910 cambió radicalmente la vida del país. Generosa fue entonces la actuación de quien era embajador de

Cuba en México, Manuel Márquez Sterling. Hizo él cuanto pudo por salvar las vidas de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez que, tras haber sido desposeídos de sus funciones de presidente y vicepresidente de la República, fueron asesinados. Como es bien sabido, el golpe en su contra se fraguó en la embajada de los Estados Unidos.

Y recordaré aquí que Pino Suárez, que además de político, cultivó la literatura y el periodismo, al proclamarse la república en Cuba, había compuesto un poema que leyó en una celebración conmemorativa en Mérida, Yucatán. El poema, titulado “Cuba libre”, termina haciendo exaltación del triunfo:

Por eso contra la honda y viva saña,
pusiste arrogante el noble pecho,
y al fin venciste a la grande España,
¡que era grande, más grande tu derecho!
¡Y por eso triunfante, Cuba hermosa,
y tras lucha gigante y legendaria,
brilla al fin en el cielo esplendorosa
tu magnífica estrella solitaria!

Una nueva forma de nacionalismo en México, manifiesta no sólo en sus instituciones sociopolíticas y económicas sino en su todo cultural, provocó un giro en sus relaciones con los Estados Unidos. México logró resistir intentos de intervención y además se debió al Presidente Lázaro Cárdenas, que fue siempre gran amigo de Cuba, la expropiación del petróleo antes en manos de empresas extranjeras, varias de los Estados Unidos.





Cárdenas actuó entonces cual si, en su condición de presidente de México, estuviera escuchando las palabras que José Martí, a modo de cariñosa exhortación, había expresado:

¡Oh, México querido! ¡Oh México adorado,
ve los peligros que te cercan! Oye
el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti.
Por el norte un vecino avieso ya cuaja,
pero tú te ordenarás, tú entenderás,
tú te guiarás...

Cuba, entre tanto, continuó sometida a la prepotencia norteamericana. La realidad cubana sólo comenzó su radical transformación en 1952. En ese año Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y otros exiliados cubanos en México, pudieron preparar en él la expedición que culminó con su victoria sobre el corrupto régimen que imperaba en la isla. La partida del Granma, con ochenta y dos esforzados, entre ellos el mexicano Guillén Celaya,

ocurrió desde el puerto de Tuxpan el 25 de noviembre de 1956. Esto marcó el inicio de cambios radicales en Cuba. En el año 2006 se cumplió medio siglo de la llegada del Granma a Cuba.

Consumada la victoria de la revolución cubana, las relaciones con México se desarrollaron, como ningunas otras, de manera ejemplar. Cuando, triunfante ya la revolución, los Estados Unidos promovieron en la Conferencia de Punta del Este la expulsión de Cuba de la Organización de los Estados Americanos, México fue el único país que, oponiéndose a ello, mantuvo relaciones con el gobierno y el pueblo cubanos. Y no sólo esto, sino que México hizo defensa de la soberanía y libre determinación de los cubanos en todos los foros del mundo.

Muestras de la fraternal relación dio Lázaro Cárdenas primero en julio de 1959 cuando viajó a Cuba, donde el 26 de ese mismo mes, al lado de Fidel Castro y ante incontables cubanos, participó en la celebración del sexto aniversario del asalto al Cuartel Moncada. Y, dos años después, el 18 de abril de 1961, frente a los intentos de los Estados Unidos de promover una invasión de la Isla, se ofreció a acudir en su defensa en una gran concentración popular en la plaza principal de la capital del país. Recordaré aquí que en una ceremonia, celebrada en la Universidad de La Habana, con la presencia de doña Amalia Solórzano, esposa del general Cárdenas, González Martínez Corbalá, que había grabado las palabras pronunciadas por don Lázaro en esa ocasión, hizo posible que éstas fueran allí de nuevo escuchadas. Martínez Corbalá era entonces embajador de México en Cuba.

Tan sólo en los últimos años, cambios de gobierno en México con una ideología diferente, han afectado las relaciones con Cuba. Pero tales cambios, que están siendo reversibles, en modo alguno han alterado el fraterno acercamiento de comprensión y relación cultural que muchos mexicanos mantenemos con Cuba y su pueblo. En más de una ocasión cuando los Estados Unidos ha recrudecido sus bloqueos y amenazas muchos nos hemos pronunciado públicamente en rechazo abierto a cualquier intento de intervención. México los ha padecido varias veces y se opone radicalmente a ellos, como lo hizo también en los casos de Santo Domingo, Guatemala, Chile, Panamá y otros.

Terminaré ya esta evocación. Y lo haré valiéndome de una frecuente expresión de José Martí. Éste, cuando se refería a Cuba y a los países de la América nuestra, decía “nosotros”, para abarcar así a todos los que somos pueblos hermanos. Aquí y ahora me valdré de este “nosotros” para externar un deseo, puesta la mirada en nuestro destino en común: nosotros, en este caso, cubanos y mexicanos, manteniéndonos en nuestra relación y amistad de muchos siglos, nosotros debemos estrechar nuestras manos para seguir haciendo camino al andar: un camino de justicia, libertad y esperanza. **U**